

En este artículo discutiré el *Büchlein*<sup>1</sup> de Rosenzweig, pero no quiero limitarme a interpretar el «librito»; eso lo hice en el primer capítulo de mi obra *La filosofía judía, una guía para la vida*.<sup>2</sup> Quiero abordar las cuestiones que plantea Rosenzweig porque afectan a mi propia manifestación muy personal del judaísmo. Así pues, mi artículo tendrá un ámbito más amplio que el contenido del *Büchlein*, y también me referiré a otros aspectos del pensamiento de Rosenzweig que me resultan problemáticos. Para hacerlo, empezaré examinando tres nociones que se utilizan con frecuencia en relación con la clase de cuestiones que plantea Rosenzweig: ateísmo, religión y espiritualidad.

## I. ATEÍSMO, RELIGIÓN Y ESPIRITUALIDAD

Las palabras *ateísmo*, *religión* y *espiritualidad* son términos que casi todo el mundo cree entender. Sin embargo, todos ellos tienen muchos significados. Para los griegos y los romanos, *ateísmo*, por ejemplo, significaba no creer en los dioses (en plural) y para los judíos, cristianos y musulmanes, la negación de la existencia de Dios (en singular), pero *Dios* también puede entenderse de diversas maneras. (La situación no mejora por el hecho de que algunos insistan en que su propia comprensión de estos términos es la única correcta.) Por ejemplo, para los judíos, cristianos y musulmanes más tradicionales, Dios era imaginado como una persona o personalidad consciente de las plegarias y en ocasiones

respondía a lo que en estas se solicitaba. En otras palabras, era un ser sobrenatural que podía ayudarte y a veces lo hacía. El futbolista que se santigua al saltar al campo está actuando como si creyera en un Dios así, y tal vez lo hace. Desde su punto de vista, alguien que niega eso es un ateo. Sin embargo, hay grandes teólogos, entre ellos Maimónides, que piensan que creer en un Dios «ayudante mágico» es, de hecho, idolatría; a pesar de ello, las oraciones suplicantes tradicionales judías son obligatorias, según estos teólogos, no porque tengan algún efecto en Dios, sino por su efecto positivo en la persona que las pronuncia. (Por supuesto, la teología de Maimónides era, en muchos sentidos, intelectualmente elitista: solo aquellos capaces de meditación filosófica son capaces de recibir las «emanaciones»

de Dios, según este gran sabio medieval judío.) Para Maimónides, es pues el «adorador de la calle» el que es un ateo; un ateo sin saberlo, porque en el judaísmo tradicional todos los idólatras son ateos sin saberlo. ¡El «ateísmo» de una persona puede ser la «fe en Dios» de otra persona!

*Religión* es otro término con muchos sentidos. Durante muchos años, formé parte de lo que en Harvard se corresponde con un «departamento de religión», el Comité para el Estudio de la Religión, de carácter interdisciplinario, y en ese comité, como en todos los departamentos de religión en facultades no denominacionales de Estados Unidos que yo conozca, el confucianismo es una de las fes que se estudia, junto con el budismo, el taoísmo y muchas otras. Sin embargo, el comité evita referirse a «religio-

nes» y prefiere establecer una subdivisión más detallada de lo que a menudo se denomina con ese término y hablar de «tradiciones religiosas» y «comunidades de fe» dentro de esas tradiciones. En cierta ocasión oí en boca de Wilfred Cantwell Smith, el gran presidente del comité en la época en que yo ingresé en él, esta osada afirmación: «Podría mostrarle tanta diversidad en las comunidades metodistas de Londres en 1815 como se supone que existe entre las “religiones del mundo”». Ahora bien, el confucianismo no es en absoluto teísta, ni lo son muchas variedades de budismo. No obstante, todas ellas son innegablemente formas de espiritualidad. Pero ¿qué es *espiritualidad*?

Aquello a lo que me refiero con ese término tiene dos aspectos. Uno lo ilustraré con una referencia a un erudito francés,

Pierre Hadot. Un amigo común que era muy íntimo de Hadot y que había sido también estudiante mío, Arnold I. Davidson, me dio a conocer hace muchos años los excepcionales textos de Hadot sobre la historia de la filosofía (una selección de los cuales Arnold editó bajo el título *Philosophy as a Way of Life; Spiritual Exercises from Socrates to Foucault*), y leer a Hadot me hizo comprender que los antiguos filósofos veían la filosofía no como un conjunto de proposiciones que se discutían y criticaban –aunque a buen seguro, también lo hacían–, sino como un régimen de ejercicios espirituales, o, en palabras suyas, «una forma de existir-en-el-mundo», que tenía que practicarse en todo momento, y cuyo objetivo consistía en transformar la totalidad de la vida del individuo». <sup>3</sup>